



Carta

- para una -

hija



Querida hija:

Has nacido mujer. Así se te declarará a partir de la visión superficial de tu vagina, esa rajita sonriente que se exhibe, llena de carnosidades, entre tus piernas. A raíz de ella te nombraremos como niña y procederemos a amarte como tal. El mundo te asignará colores, intenciones y atributos. Notarás, hija, que las cualidades que se te impondrán serán con frecuencia el reverso de tu inferioridad. Se te considerará suave y delicada y con ello notablemente inferior: menos fuerte, más frágil, menos capaz, más dependiente. Se te dirá que eres intuitiva y con ello se te querrá decir también más emocional, más instintiva, menos racional, más animal. Se te invitará a elegir amores que ratifiquen tu inferioridad: los buscarás más altos, más viejos, más sabios, con mayor sueldo y estatus. Entre mayor sea la desigualdad entre ustedes, más celebrada será tu feminidad, tu docilidad, tu encanto. Si me preguntas, hija, preferiría entonces que te inclinaras por amores entre iguales, aunque sean más difíciles, aunque se te proteja menos, aunque te habiten mayores incertidumbres.

Se te asociará al rosa y al lila y verás cómo se te enseñará que jugar es, sobre todo, diseñar el futuro: jugarás a las muñecas y las ollitas, a la mamá y a la maestra, a la enfermera y la maquilladora. Te vestirás con mis vestidos, usarás mis joyas, te embarazarás con pelotas de fútbol. Tratarás de subirte a mis tacos. No es extraño entonces que tus juegos se acabarán en cuanto conquistes la adolescencia. Mientras los varones adultos se juntarán a jugar fútbol y videojuegos, tú te juntarás con tus amigas para la conversa, juego de prevalencia femenina, cuyo placer desarrollarás para tu fortuna y compensación.

Se te privará de la niñez antes que a ellos. En cuanto te broten las tetas tu mundo dará un giro: los varones se crearán con derecho a mirarte, manosearte, señalar tu sexualidad en la calle. Tu padre se sentirá incómodo en tu presencia. Se te darán consejos sobre cómo cuidarte. No te confundas. Ninguno de ellos referirá a cómo tenerte afecto, respeto

o a cómo desarrollar placer por ti misma. No. Se te enseñará, en cambio, a cuidar tu virtud, tu reputación y a poner bajo control tus pasiones, tus deseos, tus ardores. No es raro entonces que ser mujer signifique que puedes tener orgasmos simultáneos y, sin embargo, al mismo tiempo, que la sociedad entera trabaje para castrarte.

Ser mujer significa, hija mía, que te tardarás años en poder hablar de la masturbación con tus amigas. Se harán todas la paja en silencio y en secreto, mientras los varones bromearán sin recato sobre las suyas.

Ser mujer significa que te enseñarán que amar es cuidar. Que amar es dar. Se esperará que seas tú la que cuide de los enfermos, de los muertos, de los despechados, de los indefensos. Se te pedirá que organices las fiestas, alimentes a los niños, sanes los perros, atiendas las visitas. Planificarás las novenas, los aniversarios, las misas. Se te asignarán los protocolos y se te atribuirán dones de anfitriona. Lo tuyo serán las relaciones públicas.

Por fortuna, hijita, estos son otros tiempos. Irás a la escuela y a la Universidad y se te contará la historia del conocimiento y el saber. Te hablarán de hombres sabios, de hombres que han hecho la sociedad y la ciencia, de hombres que han escrito libros y descubierto leyes. De hombres famosos que han producido la historia. Las chicas de tu clase memorizarán sus nombres y rara vez se preguntarán qué cosa hacían las mujeres mientras tanto. Y si alguna lo pregunta seguramente se le dirá que las mujeres estaban ahí, tras ellos, como las mujeres grandes que eran, detrás de sus grandes hombres. Habrá también quien diga que ahí estaban, contenidas las mujeres bajo la palabra hombre, ya no detrás sino adentro y adentro aprenderás que estás tú, hija, cuando digan “ellos”, “señores”, “jefes”, allá dentro, en algún lugar de esa palabra están las mujeres, loquita tú si no eres capaz de encontrarte cuando es tan claro que para decir humanidad basta nombrarlos a ellos.

Ahí estás tú. Adentro. En el fondo. Donde no se te ve ni se te escucha.

Ser mujer significa que padecerás estereotipos de todo tipo. Que se te felicitará si eres madre y se te mirará con reserva, con lástima, miedo



“Se te enseñará, en cambio, a cuidar tu virtud, tu reputación y a poner bajo control tus pasiones, tus deseos, tus ardores.”

o estupefacción si no lo eres. La lástima, el miedo o la estupefacción aparecerán frecuentemente si eres soltera, si no eres bella, si envejeces, si te dejas los pelos, el bigote, las arrugas, si renuncias al sostén y se te caen las tetas, si exhibes tu celulitis o tu desnudez imperfecta.

Ser mujer significa que ganarás menos aunque trabajes lo mismo. Aunque trabajes más. Que se te pedirá que seas capaz de lidiar con la casa y el trabajo o se te pedirá a cambio que renuncies a algo. Ser mujer significa que vivirás en una sociedad que no está hecha para que las mujeres podamos tenerlo todo. No obstante tendrás mucho: serás la salvaguarda del hogar, del matrimonio, de los varones, de los compañeros de partido y de trabajo. Tendrás, pues, mucho: mucho cansancio, mucho dolor, mucho sacrificio.

Ser mujer significa que se te invitará a romperte las carnes, revolvete las entrañas, reubicarte piezas. Se diseñarán técnicas sofisticadas para extraerte grasa y ponerla de nuevo en lugares legítimos. Aprenderás rápido que hay que aguantar tirones para obtener marrones: para arrancarte las cejas, chamusquearte el pelo, usar máquinas de compresión bajo la ropa, deformarte los pies, eliminar las asperezas del cuerpo.

Pese a todos tus esfuerzos crecerás en un mundo en el que proliferarán mujeres a las que se llama bellas y a las que no te parecerás. Serás siempre más baja, más tosca, más gruesa y más vieja que ellas. Se te dirá que estas mujeres son deseables. Deberás acudir a tu ingenio para, pese a ello, reconocerte como deseada y deseable y para, a fin de cuentas, desear.

Ser mujer significa que, si llegas a desear varones, la mayor parte de las veces te enfrentarás a malos amantes. Tirarás con tipos que fueron educados, mal educados, por la pornografía y que supondrán que las mujeres gemimos de placer ante acrobacias aeróbicas. Creerán que adoramos sus penes y que nos basta verlos para estallar en deseos. Estos varones, mal instruidos, no sabrán que las tetas se hicieron no sólo para verlas, puntiagudas y expectantes, sino sobre todo para dedicarles caricias y picoteos para los que no están preparados. Pocos sabrán qué hacer con una vagina, con un culo, con la parte interna de los muslos.



“Te vestirás con mis vestidos, usarás mis joyas, te embarazarás con pelotas de fútbol. Tratarás de subirme a mis tacos”

En el mejor de los casos aprenderás con el tiempo a enseñarles, sin que ellos se enteren, como quien no quiere la cosa. Es posible que después te tornes demandante: correrás el riesgo de quedarte sola. Pero si tienes buena suerte encontrarás a alguno dispuesto a aprender. Quédate un tiempo con él, hija, porque son pocos los que renuncian a portarse en la cama como dictadores, tiranos o maestros.

Ser mujer significa que deberás ocultar tu menstruación llamándola por nombres ridículos. Te acostumbrarás a ver que se la represente azul en los comerciales de la tele. Compartirás el secreto de los cólicos en el bachillerato y la vergüenza privada de los “accidentes” femeninos. Convertirás tu menstruación en tu enemiga o en una excusa vital. Le atribuirás dones mágicos: la capacidad de enfermarte, de convertirte en una feria, de hacerte llorar. Los varones la asumirán como una prueba irrefutable de tu animalidad que se manifiesta mes a mes y se sentirán incómodos o indiferentes frente al tema. Pruébalo: funcionará con tu jefe.

Ser mujer significa también que habrás de heredar la sabiduría táctica de los débiles. De los desposeídos. Aprenderás a manipular y a ampliar tu pedazo de juego. A colarte por las fisuras, para conquistar un poder mínimo. Sabrás autoprotegerte con piruetas de maga. A ejercer el melodrama si es necesario, la culpa si es preciso. Te harás astuta en crear fronteras imaginarias que separan a los varones de tu cama, de la cocina, de tu espacio, de los lugares que crearás para construir el nicho vedado de tu libertad.

En el mejor de los casos significa también que tendrás amigas. Buenas amigas. Que gozarás de la solidaria compañía de las mujeres que, pese a todo, hemos desarrollado buenas alternativas para cuidarnos entre nosotras. Para construir una simpatía silenciosa que estalla en el baño, en el bus, en la calle, en la cita del médico.

Ser mujer te hará especial. Serás la otra, la distinta, la no nombrada. Serás el resultado de una causa. Muchas de las cosas que los varones viven como naturales serán para ti una conquista: votar, trabajar, heredar, conservar tu nombre, tener tu cuenta en el banco. Deberás dar gracias

cotidianas a los y las que lucharon para que tú pudieras tener la vida que tienes y tu madre la que tuvo y tu abuela la que pudo darse.

Construida como subalterna desarrollarás una sensibilidad especial. Invitada a no pensar los asuntos más públicos, sabrás hacerte sabia sobre lo privado. Dominarás el arte de la conversa, sabrás mimar tu existencia psíquica, compensarás la desigualdad con compañía. Ninguna de ellas hará tu mundo más justo pero te darán una vida más larga, más concurrida y menos melancólica que la que se suelen darse los varones.

Evitarás, hija, espero, ubicarte en el lugar de la víctima. No obstante, no lo olvides, estarás del lado de las perdedoras. De las silenciadas. Y eso, visto de otra forma, te pondrá del lado de la rueda de la historia: del movimiento. Te sabrás heredera. Pertenece al grupo de los que más han hecho cosas para transformar su destino y eso, más que nada, te llenará de fuerza, te hinchará de orgullo, te dará ánimos para embestir el futuro. Para di-soñarlo y no sólo aceptarlo.

Serás mujer y te harás mujer, hija, y mi único consejo es que hay que hacer de eso una declaración. Un panfleto.

Ya descubrirás por ti misma que una cosa linda de ser mujer es que no tenemos un pasado que defender: la tradición nos ha sido adversa, sólo nos queda el futuro.



Viviam Unás, profesora del programa de sociología de Icesi. Estando embarazada pensó que esperaba a una niña. Le puso un nombre, la soñó mil veces, le escribió una carta. Meses después parió a Martín.

Ilustración / Natalia Ayala Pacini